

## El tema de Bruto, fundador de Britania, en la Crónica medieval de Díez de Games.

Es a Juan de Mata Carriazo a quien se debe la primera edición completa de *El Victorial* o *Crónica de don Pero Niño, conde de Buelna*<sup>1</sup>, que escribiera a mediados del siglo XV su alférez Gutierre Díez de Games. Una edición, incompleta, había visto la luz en Madrid, en 1782, salida de la imprenta de Antonio Sancha y realizada por Eugenio Llaguno Amírola<sup>2</sup> para la Colección de Crónicas de los Reyes de Castilla. Arrastrado Llaguno por el espíritu racionalista y positivista de su tiempo, suprimió voluntaria y conscientemente de la *Crónica* todos aquellos pasajes que consideró fabulosos y legendarios, en un intento «científico» de registrar sólo aquellas noticias genuinamente históricas.

A ello alude de manera expresa cuando, después de apuntar que la *Crónica* habla «de los quatro príncipes que fueron mayores en el mundo», añade: «Estos quatro príncipes fueron Salomón, Alexandro, Nabucodonosor y Julio César; en cuyas leyendas, y en otras que intercaló Games en el cuerpo de su obra, como advertiremos en sus lugares, hay tal mezcla de absurdos, que hemos juzgado conveniente omitirlas, pues nuestro propósito no es publicar fábulas caballerescas, sino los monumentos genuinos de la Historia nacional. Acaso habrá quien nos diga que no hemos hecho bien, porque esas mismas fábulas sirven para la historia del entendimiento humano y de la erudición de aquellos tiempos. Pero en esta parte

1 *El Victorial. Crónica de don Pero Niño, conde de Buelna, por su alférez Gutierre Díez de Games*. Estudio y edición por Juan de Mata Carriazo (Madrid 1940). Nuestras citas remiten a sus páginas.

2 *Crónica de don Pedro Niño*, por Gutierre Díez de Games, su alférez. La publica don Eugenio de Llaguno Amírola, caballero de la Orden de Santiago, de la Real Academia de la Historia (Madrid 1782).

nada se ignora: todo es ocioso, quando se sabe que no había delirio en materia de aventuras y fazañas que entonzes no se creyese; y así no hemos podido vencernos a publicar tales disparates, poniéndonos en lugar de Gutierre Díez de Games, que seguramente no los publicaría si volviese ahora al mundo».

Ante semejante postura no podemos menos que adherirnos a la admirativa pregunta que se formula de Mata Carriazo en su edición<sup>3</sup>; «¿Qué hubiera hecho el caballero académico puesto a disponer, por ejemplo, una edición de la *Primera Crónica General!* Asusta pensarlo».

Es, precisamente, el contenido de algunos pasajes erradicados por Llaguno lo que será tema del presente artículo. Como a menudo sucede, fueron eruditos extranjeros quienes descubrieron la importancia de aquellas partes despreciadas por el ilustrado español; y fueron ellos los primeros que intentaron colmar el vacío. «La laguna mayor dejada por Llaguno –escribe de Mata Carriazo<sup>4</sup>– procuró llenarla el profesor L.G. Lemcke, publicando cuatro de los fragmentos que habían quedado inéditos<sup>5</sup>, pero traducidos al alemán. Poco después, los condes de Cincourt y Puymaigre daban la primera y hasta ahora única versión completa del *Victorial*, traducido al francés<sup>6</sup>. Ya no se vuelve a leer este texto hasta que la Brodway Medieval Library imprime una selección del *Victorial*, traducido al inglés por Mrs. Joan Evans<sup>7</sup>. En español, después del libro de Llaguno, sólo tenemos una reciente selección, pulcramente realizada<sup>8</sup>, en la que está, casi exactamente, una cuarta parte de la extensión del original».

Antes de sumergirnos en el tema concreto que nos hemos propuesto, creemos necesario ofrecer algunas noticias relativas a la persona del conde de Buelna y de su alférez Díez de Games. En cuanto al primero, la biografía general de Pero Niño la registró Vargas Ponce<sup>9</sup> basándose en autores coetáneos y en documentos

3 *El Victorial*, X-XI.

4 *El Victorial*, XI. Las notas pertenecen a de Mata Carriazo.

5 *Bruchstücke aus den noch ungedruckten Theilend des «Victorial»* (Leipzig 1863).

6 *Le Victorial. Chronique de don Pedro Niño, comte de Buelna. par Gutierre Díaz de Games, son alférez (1379-1449)*. Traduit de l'espagnol d'après le manuscrit. Avec une introduction et des notes historiques (Paris 1867).

7 *The Unconquered Knight. A Chronicle of the deeds of don Pero Niño, count of Buelna, by this standard-bearer Gutierre Díaz de Games (1431-1449)*. Traslated and selected from «*El Victorial*» (London 1928).

8 Gutierre Díez de Games, *El Victorial. Crónica de don Pero Niño*. Edición, prólogo y notas de Ramón Iglesia (Madrid 1936).

9 J. de Vargas Ponce, *Vida de D. Pedro Niño* (Madrid 1807).

inéditos; y fue, así mismo, tema de un estudio monográfico de González Palencia<sup>10</sup>. Nosotros nos limitaremos a espigar las noticias que nos transmite el *Victorial*. La *Crónica* aparece estructurada en tres partes que giran en torno a los tres principales ejes biográficos de la vida del conde de Buelna (1378-1453):

- a) su nacimiento, educación y primeras hazañas en diferentes lugares de la Península;
- b) sus actuaciones bélicas y diplomáticas: en las costas bereberes, en Inglaterra y en las cortes de Francia;
- c) su retorno a Castilla y su participación en la política de su época.

a) No era Pero Niño más que un doncel de quince años, cuando comenzó a destacar como valeroso combatiente al acudir, en 1393, en ayuda de su rey, Enrique III, cuyo tío, el conde don Alonso, se había sublevado en Asturias. Tres años más tarde —1396— lo encontramos en Sevilla en compañía de Enrique III, cuya vida salva lanzándose al Guadalquivir para cortar de un tajo de su espada una gruesa maroma que estaba a punto de hacer zozobrar la barca del rey. Su fama se acrecienta en aquella ocasión con proezas como la caza de un jabalí y su valentía en el juego de cañas frente a los toros. De retorno a Castilla, una nueva sublevación del conde don Alonso da lugar a un segundo cerco de Gijón, en el que también brilla el arrojo de Pero Niño.

En 1397 se enciende la guerra con Portugal, cuyo rey asedia Tuy, a cuya liberación acude el futuro conde de Buelna acompañando al Condestable Ruy López Dávalos. Aprovechando las circunstancias, el arzobispo de Santiago se alza en Pontevedra, que será asediada por las tropas castellananas. En la pelea, una vez más, sobresaldrá la figura caballeresca de Pero Niño. Todas estas hazañas le granjearon el afecto incondicional del Condestable, «que ya nunca lo partía de sí en la cámara, e en su mesa, e en su consejo». Estaba casado don Ruy López con una hija de don Beltrán de Guevara, doña Elvira, que tenía una hermana, Costanza, viuda, «dueña fermosa e rica e de buen linaje». El continuo trato con ella desencadenó el amor, que culminó en matrimonio, «e fiçieron sus vodas muy honradamente». Pero Costanza murió cuatro o cinco

10 A. González Palencia, «Don Pero Niño y el condado de Buelna», *Homenaje a Artigas*, Vol. 2.

años más tarde, no sin darle a su marido un descendiente, don Pedro, que moriría a los veintisiete años.

Precisamente este matrimonio de don Pero Niño ofrece ocasión a Díez de Games para un largo *excursus* en el que expone su concepción sobre los tres grados en que divide el amor (amor propiamente dicho, dilección y querencia)<sup>11</sup>, que ejemplifica recurriendo al mundo greco-romano. Para el primer grado aduce el amor de Calestia, reina de la Amazonas, hacia Alejandro; para el segundo, el de Penteselea, reina también de las Amazonas, por Héctor; y para el tercero, el de Dido por Eneas, historia en la que se recrea morosa y pormenorizadamente.

b) El segundo eje biográfico se desarrolla en tres fases. En una primera se narra la campaña de Pero Niño contra los corsarios de las costas occidentales del Mediterráneo. Contaba el futuro conde de Buelna veintiséis años cuando, por mandato del rey, pertrecha dos galeras y una nao para combatir a tales corsarios. Una primera expedición contra las costas de Berbería, en la zona de Orán, no proporciona resultados positivos. En una segunda singladura bordea el litoral levantino hasta el Golfo de León, recalando en Marsella, en donde el antipapa Luna se halla refugiado en el monasterio de San Víctor. Don Pero Niño acepta la invitación de Benedicto XIII a un banquete. Desde Marsella endereza el rumbo a Tolón, Córcega y Cerdeña, para terminar atacando el puerto de Túnez. Después de costear Bona y Bugía, retorna a repostar a Cartagena. Una tercera expedición lo lleva hacia Orán y las Islas Habibas. Tras diferentes peripecias, regresa a Cartagena, de donde navega hacia Sevilla, pasando antes por Cádiz, donde Pero Niño se detiene un tiempo para reponerse de la grave herida que recibiera en el ataque a Túnez. En la atarazana de Sevilla entrega los prisioneros moros y la parte del botín correspondiente a la Corona. Luego marcha a reunirse con el rey, que se halla en Segovia, mientras la reina, Catalina de Lancaster, da en Toro a luz al futuro Juan II. Para festejar semejante acontecimiento, Enrique III manda celebrar en Tordesillas un espléndido torneo en el que sobresale, una vez más, Pero Niño.

En una segunda fase se registran las acciones que Pero Niño lleva a cabo en el enfrentamiento de Castilla con Inglaterra, que

11 Cf. 91: «Fallo que son tres grados de amar. El primero digo amor, el segundo es dilección, el tercero es querencia». Hoy los calificaríamos de atracción, deseo y pasión.

venía alimentando su hostilidad desde que Francia colaboró al encumbramiento de Enrique II de Trastámara en el trono castellano. Cuando el conflicto se desencadena, otra vez, entre Francia e Inglaterra en 1405, el rey francés reclama a los castellanos la colaboración naval a la que se habían comprometido mediante tratado formal. El rey Enrique empieza a organizar en Sevilla una flota de cuarenta naos, que estarían al mando de Martín Ruiz de Avendaño. «E por quanto las galeras de Sevilla venían tarde, mandó armar muy ayna tres galeras en Santander, e enviólas con Pero Niño», que zarpa rumbo a La Rochela. Y en este punto<sup>12</sup> Díez de Games suspende temporalmente la narración relativa a Pero Niño para dar paso a un largo *excursus* de treinta y cinco páginas (142-177) iniciado en el cap. 54, que ostenta el elocuente título de «cómo son los yngleses dibersos e contrarios de todas las otras naçiones de cristianos. E de quien fue Bruto e de su linaje», que será precisamente el tema de nuestro trabajo.

Cuando Díez de Games abandona el tema inglés, emprende, en el cap. 62, el relato de «cómo se començó la guerra antiguamente entre Franzia e Ynglaterra, sobre el ducado de Guiana», una verdadera perlita literaria, cuyo argumento se centra en la hija del duque de Guyena, de la que se enamora su padre viudo. Aterrada ante la declaración de amor de su padre, se hace cortar por un criado las manos, que han sido besadas por su progenitor. Cuando el duque se entera de ello, la condena a muerte, y a tal fin la embarcan en una nave que será dejada a la deriva en alta mar. La Virgen se aparece a la doncella y le otorga el milagro de recuperar las manos. El barco es empujado por los vientos hacia las costas inglesas, donde lo encuentra un hermano<sup>13</sup> del rey de Inglaterra, que acaba casándose con ella. A la muerte del duque de Guyena reclaman el ducado para la joven y, ante la negativa francesa, comenzó una interminable guerra, que aún se prolongaba en tiempos de Pero Niño, y que se acrecienta cuando Ricardo II de Inglaterra se casa con la hija de Carlos VI de Francia con el loable propósito de restablecer la concordia entre ambas naciones. Pero tal medida

12 *El Victorial*, cap. 54, 142.

13 *El Victorial*, 181: «Començó a bentar vn biento muy suave... A poca de hora paresció Ynglaterra... Así singlando aquella vía... paresció vna frota de navíos. Heró vn hermano del rey de Ynglaterra... E aquel señor tóvolo por buena bentura, e llevóla en Ynglaterra muy honrradamente, e casó con ella». De Mata Carriazo, por un lapsus, en su estudio preliminar, dice que la doncella se casó con el hijo del rey de Inglaterra.

indignó profundamente a los ingleses, que acabaron por destronar y dar muerte a su rey.

Y es en este punto (cap. 65, p. 184) donde Díez de Games retorna al argumento de Pero Niño, cuya campaña victoriosa contra los ingleses narra hasta el momento en que la flota hispano-francesa decide remontar el Sena y pasar en Ruán la estación invernal. Y aquí se inicia la tercera fase de lo que hemos denominado «segundo eje biográfico»: la estancia del futuro conde de Buelna entre los franceses, cuyo refinamiento, cortesía y gentileza son alabados una y otra vez por Díez de Games con admirada simpatía. Pero Niño pasa tres días en Sérifontaine, invitado por Renaud de Trie, anciano y ya achacoso almirante de Francia, casado con la joven, hermosa y culta Jeanette de Bellanges, con la que el castellano entabla estrechas relaciones. Acude luego a París a demandar el salario estipulado para sus galeras y, dada la incapacidad de Carlos VI, a causa de su locura, debe presentarse ante el Consejo Real de Francia, donde su enérgica reclamación se ve al punto atendida.

En este lugar suspende Díez de Games una vez más su relato biográfico para volver la vista atrás y «contar por cuál razón fué el comienzo por donde vinieron grandes males e guerras en Francia», lo cual constituirá el tema del cap. 80 y siguiente: «Como el rey Aduarte de Ynglaterra ovo çinco hijos<sup>14</sup>, todos muy valientes, como su padre. El rey de Franzia<sup>15</sup> abía otros çinco». El rey francés es hecho prisionero por los ingleses en la batalla de Poitiers -1356-, por lo que accede al trono Carlos VI, cuyos buenos inicios terminaron tornándose en locura.

Volviendo a su tema, Díez de Games nos presenta a su caballero sobresaliendo en justas y torneos, y popularísimo en la corte francesa. En esta coyuntura muere en Sérifontaine el almirante de Francia, y su viuda «madama de Girofontayna, envió por Pero Niño, e fabló con él toda su hacienda; e de allí adelante fueron enamorados». Cuando se reemprende la campaña naval contra Inglaterra, a la altura de Calais tiene lugar un gran combate que se resuelve con la huida de los franceses, a quienes siguen sus aliados españoles obligados por los vientos contrarios. Después de una forzada estancia en el puerto de Gravelinas, Pero Niño, con ayuda normanda y bretona, ataca la isla de Jersey, derrota a los defenso-

14 En realidad, los hijos de *Aduarte* (esto es, Eduardo III de Inglaterra) eran siete.

15 En la narración se le denomina Carlos, cuando de hecho era Juan II el Bueno.

res ingleses y obtiene un cuantioso botín, que reparte en Brest. Después emprende viaje de retorno a Castilla; pero Díez de Games encuentra aún ocasión para un nuevo *excursus* en el que, partiendo (p. 279) de que «el nombre de Angliaterra quiere dezir, en otra lengua, 'tierra de maravillas'», relata los extraordinarios y fantásticos portentos que en ella existen.

c) El tercer eje biográfico se inicia con la arribada del protagonista de la *Crónica* a Santander. El rey lo llama a Madrid, donde le concede el gran honor y recompensa de armarlo caballero, al tiempo que pensaba otorgarle mayores mercedes. Pero inesperadamente la muerte sorprende a Enrique III cuando apenas contaba 27 años, dejando el trono a su hijo Juan II, aún un niño, tutelado por la reina madre, doña Catalina, y por su tío, el infante Fernando de Antequera. Este último desata de nuevo las hostilidades bélicas contra los moros, a las que se lanza Pero Niño renunciando a la embajada que se le había prometido en Francia, con todas sus perspectivas de medro político, de éxitos mundanos y del amor de Jeannette de Bellanges. La campaña de 1407 fue testigo de las pruebas de valor del futuro conde, que destaca especialmente ante Ronda y Setenil. Concluida la guerra, lo vemos diluirse obscuramente en la Corte. Como constata de Mata Carriazo<sup>16</sup>, «la Crónica... sufre desde este punto un fuerte descenso de interés. Diríase que Games se fastidia escribiendo las intrigas cortesanas de Castilla, los enredos de los infantes de Aragón, hasta los nuevos amores de Pero Niño. Ya no acude a lo maravilloso, ni engarza disertaciones morales. Sólo en contados momentos vuelve a su brío y color: por ejemplo, cuando tropieza con otro protagonista de crónicas, don Alvaro de Luna».

A partir de ahora la narración se torna más novelesca e intimista. Pero Niño renuncia definitivamente a su amor por Jeannette de Bellanges; se le encarga «una capitania de las tres guardias del rey... Por lo qual non se le fizo de ir a Francia, e envióse despedir de madama la Almiralla<sup>17</sup>. E por quanto él no podía ir allá, era grand razón que tan gran señora non estuviese so tal fuzia<sup>18</sup> como fasta allí había estado, segúnd los tratos que suso vos he contado» (p. 298).

16 *El Victorial*, 74.

17 Es decir, la Almiranta, por cuanto Jeannette de Bellanges era viuda del Almirante de Francia. Díez de Games la llama sistemáticamente Janeta de Belangas o madama de Xirofontayna.

18 *Fuzia* (o *fiucia*, *fiusia*, *fiuza*) < *fiducia*: «confianza, esperanza».

Después de una laguna textual, la *Crónica* se extiende en dar noticia de los chalaneos matrimoniales e interesados de las casas reales de la Península, en que intervienen por igual el reino portugués, el aragonés y el castellano: Juan, maestre de Avís (que, tras su victoria en Aljubarrota, sería rey de Portugal) se había casado con doña Costanza (hija bastarda de Enrique II de Trastámara y hermana de Juan I de Castilla). Fruto de este matrimonio fueron dos hijas: la mayor fue casada por conveniencia con el conde don Martín Vázquez de Acuña (p. 299); la menor, Beatriz, cuando aún contaba 13 años, destinóla Fernando de Antequera para esposa de su hijo Enrique, futuro Maestre de Santiago, pero que a la sazón tenía 3 años. En el ínterin Martín el Humano, rey de Aragón, solicitóla en matrimonio, a lo que se avino Fernando de Antequera con la esperanza puesta en el trono aragonés, por lo que no dudó en romper el compromiso con su hijo Enrique. Pero mientras discutían las estipulaciones, Martín encontró otra mujer –Margarida de Pensas– a la que convirtió en su esposa.

La desdeñada Beatriz «de allí adelante puso... voluntad de non casar sino con quien ella quisiese, pues le andavan remudando tantos casamientos» (p. 300). Y aconteció que se celebraban justas y torneos en Valladolid, entre cuyos espectadores se hallaban no sólo su organizador, Fernando de Antequera, sino también su tía, la reina de Navarra, con su séquito de caballeros y damas, así como destacados señores, embajadores de Francia e Inglaterra, e incluso moros de Granada. En la justa que se celebraba «en una calle que llaman Cascagera» Pero Niño desmontó de su caballo a un caballero «de los más fuertes e mayores de la casa del Ynfante. Hera vn cavallero tal, que la su balía me encarga<sup>19</sup> a dezir quién hera» (pp. 301-302). Espectadora de la hazaña fue doña Beatriz, que muestra su admiración por Pero Niño, de lo cual se entera éste a través de un doncel suyo, lo que da pie a que surja el amor entre Beatriz y Pero, quien no deja de darse cuenta de las dificultades que, para la realización de sus aspiraciones, entraña la frontera social que los separa.

A partir de ese momento se acrecienta el marchamo folletinesco de la *Crónica*, desde el instante en que los enamorados sufren el acoso del de Antequera, dispuesto a toda costa a impedir una unión que, a pesar de todo, se lleva a cabo clandestinamente. No tarda en enterarse el Infante, que encierra a Beatriz en el castillo

19 Esto es, «me impide».

de Urueña, mientras que el conde se exila en Bayona. Pero el amor triunfa a la postre: don Fernando se aplaca, y la reina restituye al futuro conde de Buelna todos sus honores. Las bodas oficiales se celebran en su villa de Cigales (p. 314). La subida de Juan II al trono, una vez concluida la regencia, devuelve cierto protagonismo a Pero Niño. Después de algunas exitosas misiones, las intrigas perturbadoras atizadas por los Infantes de Aragón lo sumergen en la espiral de los acontecimientos banderizos y tempestuosos, sobre todo desde el momento en que toma partido por don Enrique, Maestre de Santiago y antiguo prometido de su esposa Beatriz. Interviene en los delicados conflictos que protagonizan, entre otros, Juan Hurtado de Mendoza y Alvaro de Luna, lo que le vale una nueva expatriación, aunque en esta ocasión es acogido por el aragonés Alfonso V.

Tras diversos altibajos, y merced a la intervención de don Alvaro de Luna, se reconcilia con Juan II, quien la víspera de la batalla de Higuera -1431-, lo nombra conde de Buelna. Honor del nuevo conde fue asaltar el campamento moro de la Vega y apoderarse de la tienda del rey de Granada (p. 336). Después de ello, sólo circunstancialmente intervendrá Pero Niño en la vida pública (como en 1444), refugiado por último en su intimidad familiar, sin duda desgraciada, por cuanto ve morir a casi todos sus hijos, así como a Beatriz, que fallece el 10 de noviembre de 1446, cuando el conde contaba 68 años. Una alusión final que invita a Pero Niño a no volver a empuñar las armas por cuanto tiene ya 70 años, empuja a creer que la *Crónica* terminó de escribirse por el 1448, cinco años antes de que, a su vez, el conde de Buelna concluyera su vida.

La *Crónica de don Pero Niño, conde de Buelna* fue escrita por su alférez Gutierre Díez de Games. Las noticias que posemos de su autor son muy escasas, y se espigan entre los datos autobiográficos que alguna que otra vez siembra en su obra; otras se limitan a meras hipótesis a partir del análisis de la misma<sup>20</sup>. En numerosas ocasiones el cronista se presenta como testigo presencial de los hechos que narra, certificando puntualmente un testimonio y concretando en un hecho aquella declaración genérica que hace en la

20 Por ejemplo, de Mata Carriazo, a partir del vocabulario y de noticias de pasajes determinados, sospecha (p. 27) que el autor sea de procedencia gallega.

p. 44: «E yo, Gutierre Díez de Games, criado de la casa del conde don Pero Niño, conde de Buelna, vi deste señor todas las más de las cavallerías e buenas fazañas que él hizo, e fui presente a ellas; porque yo viví en su merçed deste señor conde desde el tiempo que él era de edad de veinte e tres años, e yo de al tantos, pocos más o menos. E fui uno de los que con él regidamente andavan, e ove con él mi parte de los trabajos, e pasé por los peligros dél, e aventuras de aquel tiempo; porque a mí era encomendada la su bandera. E fui con él por los mares de Levante e de Poniente, e vi todas las cosas que aquí son escritas, e otras que serían luengas de contar, de cavallerías, e valentías, e fuerças»<sup>21</sup>.

El autor de la *Crónica* aparece mencionado en el primero de los dos testamentos que redactara Pero Niño, firmado en Trigueros el 14 de diciembre de 1435, en un momento en que aún estaba escribiéndose el *Victorial*, al que se alude expresamente en el siguiente párrafo testamentario: «Mando que el libro de mi historia, que lo hace Gutierre Díez de Games, que lo tenga la condesa en su vida, y, después que ella fallesciere, que lo pongan en la sacristía mía de la iglesia de la mi villa de Cigales, en el arca del tesoro de la dicha iglesia, y que no le saquen para ninguna parte; pero quien quisiere leer en él, mando que den lugar a ello»<sup>22</sup>. En otro pasaje de este testamento el conde, agradecido, deja una manda para su cronista: «que se dé a dicho Gutierre, para que la tenga durante su vida, la heredad que tiene de Domingo Juan; y si la condesa quisiera quitársela y tornarla a su dueño, se den a Gutierre Díez los 3.000 maravedís que dicho conde mandó dar a Domingo Juan en emienda de la heredad». El 26 de diciembre de 1453 Pero Niño redacta un segundo testamento, otorgado en Cigales. En él no se encuentra ya la menor alusión a Díez de Games, ni a su *Crónica*, ni a la manda. Podríamos pensar que el alférez cronista ya había muerto, pero un pasaje de la p. 218 (cap. LXXVIII), que parece

21 De manera directa o indirecta, mediante perífrasis, el autor da fe de ser testigo presencial en otros muchos momentos. Por ejemplo, en 17, 31, 43, 44, 60, 158, 188, 206, 209, 248, 269, 270, 280, 324, 346, 347.

22 El testamento completo puede verse en E. Llaguno Amírola, *Crónica de don Pedro Niño, conde de Buelna* (Madrid 1782). En el mismo testamento tuvo el conde buen cuidado de redactar también el epitafio que deseaba sobre su sepulcro, y que, evidentemente, se inspira en el *Victorial*: «Don Pero Niño, conde de Buelna, el qual por la misericordia de Dios, mediante la Virgen Santa María su Madre, fue siempre Vencedor e nunca Vencido, por mar e por tierra, según su Historia cuenta más largamente».

añadido una vez concluida la redacción de la obra<sup>23</sup>, se refiere al conde –a quien, como hace sistemáticamente a lo largo de la obra, denomina «capitán»– como ya difunto: «El capitán, como fue vsado con los caballeros e con los gentiles-hombres de Françia como aquel que hera criado siempre en gentileza, conosçió la manera de la gente: como dize el Filósofo, que a vno poca dotrina le abasta, e a otro mucha enseñanza no le aprovecha. Esto dize porque aquel viene de natura, muy de refez <sup>24</sup> aprende la cosa. E Pero Niño todas las buenas enseñanzas e gentilezas le benía por natura, e sienpre vsó dellas en quanto él vibió; e aún bibe oy su fama, e vibirá entre los caballeros e entre los nobles». De dar validez a este supuesto, Díez de Games fallecería después de 1453, fecha en que murió el conde.

\* \* \*

La *Crónica* que nos ocupa no sólo ofrece un interés enorme desde el punto de vista histórico (por ejemplo, al margen de ser un testimonio más de hechos cruciales en la historia de Castilla, Aragón y Portugal, resulta una magnífica fuente para conocer la marina castellana de la época; o la vida de un castillo francés del siglo XV), sino también lingüístico (por ejemplo, no se ha explotado aún, que sepamos, todo el ingente bagaje del vocabulario náutico que Díez de Games emplea)<sup>25</sup>, y literario, que es el que a nosotros aquí nos interesa y del que abordamos únicamente una mínima parcela.

Las «fuentes» de la *Crónica*, aparte de los datos que el propio autor aporta como testigo presencial de los hechos que narra, son múltiples y variadas. En ocasiones cita de pasada –y es posible que las más de las veces con un conocimiento de segunda mano– a Aristóteles (p. 13), Platón (pp. 70 y 234) y Homero (p. 92) entre los autores griegos; y a Séneca (p. 200), Lucano (pp. 26 y 201),

23 En 347, como epílogo, se lee: «Aquí dize el autor que si pluguiese al dicho conde, que le bernía bien de no tentar más a Dios en este ofiçio de harmas en que tan luengo tiempo á vsado: *que él á oy setenta años, e començó el ofiçio de quinze años, en la primera çerca de Gijón, con el rey su señor*».

24 *Muy refez*: «muy pronto, enseguida».

25 En cambio, sí que supieron aprovecharlo franceses, como Jal, *Glossaire Nautique. Répertoire polyglotte de termes de marine anciennes et modernes* (París 1848-1850) e ingleses (como R. Southey, *The British Admirals*, Cabinet Cyclopaedia, 1833, Vol. 2, 20-41).

Ovidio (p. 201)<sup>26</sup> y Virgilio (pp. 27, 28 y 201) entre los latinos<sup>27</sup>. Muestra ser asiduo lector de las Sagradas Escrituras, pero mucho más aún de las Crónicas y de los romances populares. Entre las Crónicas menciona particularmente la que él denomina *Corónica de los Reyes* (pp. 275 y 327), la *Corónica de España* (p.61) y las *Corónicas de Castilla* (p. 329). Y ni que decir tiene que parece sentir también una particular inclinación por narraciones tradicionales de corte popular, como revela el *Cuento de los Reyes*, que cobra especial interés dentro de la obra. En este mismo registro debemos levantar acta de la importancia que debe concederse a la *Historia de Alexandre*, que parece haber constituido un «libro de cabecera» de Díez de Games, quien, con un espíritu indiscutiblemente medieval, ve las empresas del macedónico como ejemplo acabado de hazañas paradigmáticas de un caballero de su época<sup>28</sup>. Y no menor importancia es la que tiene esa *Historia* por lo que atañe a la transmisión textual, ya que son nada menos que 18 las estrofas que transcribe, correspondientes –en la ed. de Willis<sup>29</sup>– a 51-55, 57-58, 61, 66-67, 73, 75-77, 80-82 y 84. Y, en fin, citaremos como la última de sus más importantes fuentes aquella que aquí nos interesa de una manera particular: la *Corónica de los Reyes de Anglaterra* (pp. 142, 279 y 287).

El uso que Díez de Games hace de esta última obra ocupa un dilatado espacio en su *Victorial* (cap. LIV al LXI, y cap. LXXXIX)<sup>30</sup>, y es un singular ejemplo de la visión que el hombre medieval tenía del antiguo mundo greco-latino, que interpreta bajo un prisma muy particular. Ahora bien; si Díez de Games utilizó la *Historia de Alexandre* de una manera literal, sin alterar en modo alguno los versos de sus estrofas, no hizo lo mismo con la *Corónica de los Reyes de Anglaterra*, que manejó con absoluta libertad, hasta el punto de ser una narración distinta de la salida de la pluma de Geoffrey de Monmouth, como comprobaremos por el simple cotejo de los argumentos que nos relatan Díez de Games y Geoffrey.

26 Quizá leyó las *Heroidas* ovidianas, en su versión original o en alguna traducción, según se desprende de 95, donde Dido, abandonada por Eneas, le envía una misiva: «ella escriuióle la rauiosa carta...».

27 Seguramente alude a san Isidoro de Sevilla cuando, en 285, menciona al «Maestro de las Sentencias».

28 M.<sup>a</sup> Rosa Lida, *La tradición clásica en España* (Barcelona 1975), 165-197: «La leyenda de Alejandro en la Literatura Medieval».

29 R. S. Willis, *El libro de Alexandre* (Princeton-París 1934), basada en los manuscritos de París y de Madrid.

30 Es decir, 142-177 y 279-287, lo que supone 40 pp.

El cronista español ha llevado a Pero Niño hasta Francia para participar en la guerra que esta nación mantiene contra Inglaterra a causa del ducado de Guyena. Ello le da pie para iniciar un capítulo (el LIV) de carácter retrospectivo que ponga al lector al tanto de los motivos desencadenantes del conflicto. Pero la mirada del cronista se pierde en el tiempo. Constata que «los yngleses son vnas gentes muy diversos en condiciones e desabenedos de todas las otras naçiones», lo que sirve de disculpa para explicar su origen. E inicia así su narración: «Quenta la *Crónica de los Reyes de Ynglaterra* que, después de la detruición de Troya, que las gentes que della escaparon que andavan por el mundo, buscando tierras donde poblasen, vnos por vnas partidas e otros por otras. E que vn gran prinçipe de los de Troya, que benía por la mar, que aportó en Ytalia, donde hera señor el rey Latino; e que lo resçivió en su tierra, e lo casó con Lavina, su hija. Eneas ovo en Lavina un hijo que llamaron (en blanco)<sup>31</sup>. Este, seyendo moço, tomó vna donzella en casa de su padre, e ovo della vn hijo, e criábase secretamente que no lo sopiese Eneas. E non lo pudieron tanto enqubrir: viólo Eneas, e supo cómo era el fecho. El niño hera muy apuesta criatura. Plogólo con él, e heredólo en su tierra».

Sin solución de continuidad, Díez de Games prosigue su relato así: «E acaeció vn día que Silvio corría monte, e Ercoles, su hijo, andaua con él, e traya vn arco en la mano con que tiraua a las bestias salvajes. Queriendo tirar a vna bestia salvaje, non veyendo a su padre que pasaua detrás de vnos árboles, lanzó, e mató a su padre. Quando lo supo Eneas, ovo tan grand pesar, que lo quisiera matar si lo tomara; mas non pudo, porque los grandes hombres de la tierra ge lo ascondieron. E mandóle dar todos los algos e las gentes de su padre, e que se fuese en tal partida donde sus ojos nunca lo viesen. E Lavina fazía muy grand llanto por el hijo muerto e el nieto perdido, por tal fortuna. E Eneas mudóle el nombre, e mandó que lo llamasen de allí adelante Bruto; ca fiçiera como animal bruto en matar a su padre».

Detengámonos en este punto y veamos qué dice Geoffrey de Monmouth<sup>32</sup>. El autor inglés parte también de la destrucción de Troya y de la huida de Eneas que, errante, llega a Italia acompañado de

31 La laguna del texto se completa fácilmente siguiendo la lectura, en que se nos dirá que el nombre en cuestión era Silvio.

32 Para esta obra utilizamos la traducción de L. Alberto de Cuenca, *Geoffrey de Monmouth. Historia de los reyes de Inglaterra* (Madrid 1984). En cuanto a la edición latina, Cf. E. Faral, *La légende arthurienne. Etudes et documents* (París 1929 = 1969), en 3 vols. La *Historia Regum Britanniae* se halla en las pp. 71-303 del vol. 3.

su hijo Ascanio. El troyano es bien acogido por Latino, lo cual provoca la hostilidad de Turno, rey de lo Rútulos, que declara la guerra. La victoria de Eneas le hace acreedor a la mano de Lavinia, hija de Latino. A la muerte de Eneas le sucedió en el trono su hijo Ascanio, que fundó Alba «sobre el Tíber, y engendró un hijo, cuyo nombre era Silvio», quien se casa furtivamente con una nieta de Lavinia, y la deja encinta. «Cuando esto llegó a conocimiento de su padre Ascanio», éste consulta a los magos de la corte acerca del sexo del futuro retoño, y ellos le contestan que será varón, y que un día dará muerte a su padre y a su madre, sufrirá destierro y, tras andar errante por muchos países, alcanzará los más altos honores. No se equivocaron en sus augurios, cuyo cumplimiento se inicia en el momento mismo en que la madre muere de resultas del parto de un hijo varón, al que se impone el nombre de Bruto. Quince años más tarde, mientras el joven acompaña a su padre en una cacería, «lo mató accidentalmente con una flecha, pues, mientras los monteros hacían salir a los ciervos al encuentro de los cazadores, Bruto, queriendo herir a las bestias, erró la trayectoria de su dardo y alcanzó a su padre en el pecho». Bruto es indignamente expulsado de Italia por sus parientes.

El lector habrá apreciado que, si bien el núcleo central del argumento (Bruto, descendiente de Eneas, mata involuntariamente a su padre y debe abandonar Italia) se ha mantenido, las divergencias circunstanciales son, en cambio, muy notorias, despojándose a la narración de Geoffrey de elementos dramáticos de gran rendimiento literario. Pero esas divergencias se vuelven más notorias aún desde el momento del destierro de Bruto. En la *Crónica* de Díez de Games, el exiliado llega primero a Egipto, donde se convierte en rey del pueblo de los sátiros, a quienes más tarde abandona para pasar a Etiopía y alcanzar los ríos Gión, Fisón, Trive y Eufrates, «todos estos quatro ríos salen de paraíso, que es en Asia»<sup>33</sup>. Su arribada a Grecia despierta la inquietud de Néstor,

33 Se trata de los ríos Geón, Fisón, Tigris y Eufrates. A primera vista, Díez de Games parece resumir el texto bíblico de *Génesis* 2, 10-14, aunque altera el orden de los dos primeros, colocando al Fisón por delante del Geón. No deja de llamar la atención el que el orden del cronista medieval sea el mismo que ofrezca Isidoro de Sevilla, *Orig.* 13, 21, 7-10, quien, por otra parte, toma para ello los datos fundamentales del mismo pasaje bíblico: «El río Ganges, al que las Sagradas Escrituras llaman Fisón...». He aquí el texto de la Vulgata, para que el lector disponga de él de manera inmediata: *et fluvius egrediebatur de loco voluptatis ad irrigandum paradysum, qui inde dividitur in quatuor capita. Nomen uní Phison: ipse est qui circuit omnem terram Hevilath* («que

que pondrá el mayor empeño en convertirlo en aliado suyo. Néstor –según la narración de Díez de Games– era hijo de Menelao, y había arrebatado el trono a su padre, mientras éste se hallaba combatiendo en Troya, obligándolo, al finalizar la guerra, a buscar asilo junto a Dorotea, hija también de Menelao y hermana de Néstor, que se encontraba en Sabastea, donde gobernaba como tetrarca de Armenia. Deseoso Néstor de apoderarse del reino entero, recluta un ejército, a cuyo frente pone a Bruto, y lo envía a combatir contra su hermana. Esta se apresura a remitir al caudillo enemigo una carta en que le aconseja que, en vez de atacarla, se pase a su bando. Bruto contesta con una misiva en que propone a Dorotea que se case con él: de esta forma no traicionará a Néstor, pues al defender a Dorotea como esposa suya, defenderá también las posesiones que, como consorte, le pertenecen. Dorotea había jurado mantener virginidad perpetua, pero sus consejeros (Samón, Panteo, el conde Piro, el duque de Almaçia, Pofirio) le recomiendan que acepte la proposición de Bruto, única manera de liberarse del peligro que los amenazaba. La boda de Bruto y Dorotea empuja a Néstor a firmar la paz con su hermana.

No pasa mucho tiempo sin que el inquieto Bruto comience a sentirse insatisfecho, aguijoneado por la idea de que todo cuanto posee ha llegado a sus manos sin esfuerzo alguno, como regalo de la fortuna<sup>34</sup>, por lo que no puede considerarlo motivo de gloria personal debida a sus propios méritos. Por ello convence a su gente para una nueva aventura y, a escondidas de su esposa –ya encinta–, arma una gran escuadra, «que tal deviera ser el armada que fue sobre Troya, donde tantos buenos peresçieran», y zarpa secretamente. Cuando Dorotea se entera de la partida de Bruto, cae desmayada y no se recupera hasta después de una hora: «A oras llamaua Ercoles, e a oras llamaua Bruto, sin piedad». El rumbo de Bruto lo lleva a Italia, donde se entera de la muerte de su abuelo Eneas, cuyas posesiones reclama, motivo de nuevas guerras de las que resulta vencedor. No obstante, su afán es conquistar Inglaterra, por lo que emprende de nuevo la navegación. En su periplo

rodea la tierra de Evilache», dice Díez de Games), *ubi nascitur aurum, et aurum terrae illius optimum est; ibi invenitur bdellium et lapis onychinus. Et nomen fluvii secundi, Gehon, ipse est qui circumit omnem terram Aethiopiae. Nomen vero fluminis tertii, Tigris: ipse vadit contra Assyrios. Fluvius autem quartus, ipse est Euphrates.*

34 Este es su razonamiento (157): «La fortuna, que esto me dio, quitármelo podrá, ca por eso es dicha fortuna, a forte una, porque es común a todos».

llega a Farón, «donde agora llaman La Coruña». El señor de Galicia, de linaje troyano, se une a la empresa de Bruto. No resultó fácil al héroe la conquista de Inglaterra, pues los habitantes, «que llaman jayanes», eran fuertes y denodados; y «ovo Bruto con ellos muchas batallas. Non los podía acabar de bençer. Quando Bruto andaua en las batallas e vía que los suyos se retrayan, dava grandes voces, e dezía: ¡Brianones! ¡Brutones!». Todo acaba dirimiéndose en singular combate entre el señor de Galicia y el rey de Anglia, decantándose la victoria a favor del primero, convirtiéndose Bruto en dueño del país. «E porque la tierra hera ya poblada de brutones e del su nonbre, púsole nonbre Brutania. E por esta razón tiene Anglia este nonbre añadido, Brutania» (p. 162), aunque no por eso van a cesar sus problemas con los aborígenes.

Pero suspendamos en este punto el relato de Díez de Games y comparemos lo hasta aquí registrado con aquello que narra Geoffrey de Monmouth. Habíamos dejado a Bruto en el momento de ser expulsado de Italia por sus parientes. En su exilio llega a Grecia, donde encuentra a los descendientes de Héleno, hijo de Príamo, sometidos al poder de Pandraso y de los griegos. Habían llegado allá cautivos de Pirro, hijo de Aquiles, deseoso de que, como esclavos, pagasen la muerte de su padre. Al enterarse Bruto de que pertenecen a su estirpe, se queda con ellos, acabando por destacar como sabio valiente y desprendido. Su fama y prestigio se extienden hasta el punto de que los troyanos supervivientes acaban por considerarlo el único caudillo capaz de liberarlos de la esclavitud de los griegos. Para ello cuenta con la ayuda de Asáraco (griego de madre troyana), que colabora en la organización de un ejército insurrecto. Bruto, «caudillo de los últimos troyanos», envía una carta a Pandraso, «rey de los griegos», reclamando la libertad de sus compatriotas. Estalla la guerra, que tendrá diferentes fases, siempre favorables a la causa troyana: Bruto, junto al río Akalón, derrota a Antígono, hermano de Pandraso, y a su compañero Anacleto; el contraataque de Pandraso contra la fortaleza en que cree refugiado a Bruto resulta un fracaso, y el rey griego tiene que claudicar, aviniéndose –para que la paz se restablezca– a casar a su hija Inogen con Bruto y a proporcionarle 314 naves.

Al frente de su escuadra, y acompañado de su esposa, Bruto zarpa. Llegan a la isla de Leogecia, donde el caudillo consulta el oráculo del templo de Diana, que le pronostica el dominio sobre un nuevo país. Animados, parten rumbo a occidente. La ruta que

registra Geoffrey es alucinante: tras treinta días de navegación, tocan las costas de Africa; luego, los Altares de los Filisteos<sup>35</sup>; llegan al Lago de las Salinas, y navegan entre Rusicada y los montes Azaras, donde los piratas los ponen en grave aprieto; atraviesan las bocas del río Malva y arriban a Mauritania; a la altura de las Columnas de Hércules están a punto de naufragar al ser atacados por las Sirenas, pero logran salvarse y alcanzar el mar Tirreno, en cuyas costas encuentran «a cuatro generaciones de los fugitivos troyanos que habían acompañado a Anténor en su huida. Su caudillo era un tal Corineo<sup>36</sup>, un hombre... dotado de una fuerza tal que cuando luchaba con un gigante, lo vencía en un abrir y cerrar de ojos... Una vez conocido el antiguo linaje del que procedía, lo admitieron cordialmente consigo, así como al pueblo del que era jefe, que en lo sucesivo se llamaría Cornubiense»<sup>37</sup>. Juntos arriban a Aquitania, anclando en la desembocadura del Loira.

La acción tendrá por escenario Aquitania, cuyo rey, Gofario<sup>38</sup>, intenta expulsar a los recién llegados. La batalla tiene un héroe destacado Corineo, gracias al cual la victoria será troyana. Bruto decide adentrarse por el interior del país aquitano, hasta llegar «al lugar donde hoy se encuentra la ciudad de Tours, que, como Homero atestigua<sup>39</sup>, fundaría él mismo después». (En el párrafo siguiente, n. 20, el autor explicará que dicha ciudad debe su nombre a Turno, sobrino de Bruto, muerto por los galos y enterrado en aquel lugar). De momento, Bruto levanta allí un campamento que será atacado por Gofario. Cuando la batalla se muestra indecisa, Bruto y Corineo urden un plan que decide la victoria para el campo troyano. Sin embargo, el triunfo ha costado demasiado caro, por lo que Bruto, que no desea seguir perdiendo hombres, decide reemprender la navegación en busca de la tierra prometida por los oráculos.

Vientos favorables lo empujan hacia su meta, «desembarcando felizmente en Totnes. La isla se llamaba entonces Albión, y nadie la habitaba, a excepción de unos pocos gigantes», a los que combaten y obligan a huir a las montañas. Los troyanos se reparten el país

35 El texto latino dice *Arae Philistinorum*, como la anónima *Historia Britonum*, compuesta en torno al 680. En realidad, *Area Philaenorum*.

36 Cf. Virgilio, *Aen.* 6, 228 y 9, 571. Otro Corineo se menciona en *Aen.* 12, 298.

37 Es decir, los oriundos de Cornubia, o sea, Cornualles.

38 La literatura española lo conocerá como Gaiferos.

39 Se aduce el nombre de Homero para reforzar con su autoridad tan tanjante afirmación. Homero, naturalmente, nunca pudo decir nada semejante.

en el que se asientan. «Finalmente, Bruto llamó Britania –de su nombre– a la isla, y britanos a sus compañeros, pues quería así que su nombre viviera eternamente. Más tarde, el idioma de su pueblo, que en otro tiempo se llamó troyano o griego oblicuo, fue llamado británico». Geoffrey de Monmouth dedica aún un nueva referencia honorífica al compañero incondicional de Bruto, Corineo, quien «llamó a la parte del país que le cupo en suerte Corinea –también de su nombre–, y corinenses a su gente, siguiendo el ejemplo de Bruto; tenía el privilegio de elegir provincia antes que los demás, y se decidió por la región que hoy se llama Cornubia<sup>40</sup>, ya sea por alteración del nombre primitivo, ya por ser, como es, geográficamente el *cornu* o cuerno de Britania». Aún tiene tiempo de narrar la última hazaña de Corineo, que pelea con el espantoso gigante Goemagog<sup>41</sup> y lo arroja al mar desde un rocoso acantilado llamado por ello Salto de Coemagog, «y con su nombre es conocido todavía hoy».

El relato de la aventura de Bruto termina, en Geoffrey, con la construcción, a orillas del Támesis, de «una ciudad a la que llamó Nueva Troya», nombre que acabaría corrompiéndose con el tiempo hasta convertirse en Trinovanto<sup>42</sup>. Cuando más tarde la conquista Lud, hermano de aquel Casivelauno al que se enfrentó Julio César, quiso cambiarle el nombre por el de Kaerlud, «eso es, Ciudad de Lud», lo que molestó a su hermano Nenio, que se le enfrenta. Pero de ello nada dirá Geoffrey, que se limita a estas palabras: «De esta disputa ha tratado ya con suficiente amplitud el historiador Gildas, y yo prefiero pasarla por alto».

No termina en este punto la narración de Díez de Games. Habíamos dejado a Bruto en Anglia –ahora Brutania– enfrentado a nuevos problemas con los aborígenes. El cronista suspende momentáneamente el protagonismo del héroe para volver la vista hacia Dorotea, que «quedaua en çinta de Bruto, segúnd que ya oysteis»; y que ha dado a luz un niño, al que ha impuesto el nombre de Ermelao, en el que se conjuga el primitivo nombre de su marido –Ercoles– y el de su propio padre –Menelao–. Su hermano Néstor, aprovechando la ausencia de Bruto, ataca de nuevo a Dorotea,

40 Cornwall, que los españoles solemos denominar Cornualles.

41 Cuyo nombre conjuga al Gog y al Magog del *Apocalipsis* 20, 7. Cf. *Ezequiel*, cap. 38 y 39.

42 Londres.

pero ésta consigue reclutar un ejército que, dirigido por ella misma, derrota al de Néstor. La consecuencia última es que Menelao, ya muy anciano y paralítico, corona a su hija como reina y sucesora.

La nueva reina añora a su marido; por ello ordena fletar una nave especial, insubmersible, en la que envía a un caballero muy adicto a Bruto para que trate de dar con su paradero. La nave llega hasta Inglaterra, pero no se encuentra al caudillo por parte alguna, por lo que se opta por retonar a Grecia, donde en este intervalo ha muerto Menelao. La reina decide entonces marchar en persona en busca del ausente. Hasta ese momento el autor nos ha presentado a Dorotea bajo unos rasgos estrictamente humanos, al margen de toda fantasía. Ahora su personalidad muestra un quiebro exótico, que se insinúa por primera vez en el encabezamiento del cap. LIX: «Cómo Dorotea, por la vida linpia que vibía, fue tenuta por deesa, segúnd aquel tiempo. E fue una de las sevilas (=sibilas) que fablaron en ante de la benida de Jesucristo». El capítulo siguiente, LX, nos la muestra como una maga experta en el «arte matemática e ningunomética», es decir, nigromántica. Así la vemos al frente de la escuadra que zarpa rumbo a Inglaterra: atacada en el Estrecho por los africanos, durante todo el tiempo que dura la batalla, Dorotea «estaua en su cámara, con sus matronas, façiendo sus artes de Nigromañia maçenítica», con las que logra que aparezca una ingente flota inmaterial que pone en fuga a los africanos y luego se desvanece en niebla.

La escuadra griega arriba a las costas gallegas. La reina se entera de que el señor de Galicia marchó en compañía de Bruto, por lo que la región se halla sin nadie que la gobierne. Dorotea les da como gobernante a un descendiente troyano, y luego prosigue la marcha hasta recalar en Inglaterra. Allí conoce que Bruto se halla en el interior del país «poblando sus villas y façiendo grandes fortalezas», pero que los sajones se han sublevado contra él y lo combaten. Dorotea no duda en marchar a su encuentro, terminando por reunirse con él, lo cual será el tema del cap. LXI: «Cómo Bruto reçibió con grand triunfo a la reyna Dorotea». Desde este instante la narración de Díez de Games se apresura, como si el tema ya no pudiera ser alargado más: «E Bruto pasó en Yrlanda, e en Frisia, e en Escotelanda. E avn heran pobladas, fizo grandes villas e fortalezas, e puso en ellas reyes que fizo él de grandes hombres de su naçión. E dióles leyes por donde se gobernasen, e tornó en Anglia. E él e Dorotea fuéronse al grand puerto donde estaba el estor<sup>43</sup>, e

43 *Estor*: «escuadra».

fizo allí vna muy grand çiudad que agora llaman Longis<sup>44</sup>, e ennoblecióla mucho. E fizo en los reynos duques, príncipes e condes de las provinçias. E el cauallero que vos dixé que viniera con él de Galizia, fizolo príncipe de una grand provinçia, e púsole nombre de las Galias, e agora llaman Galiçia; e es la que agora llaman Gales, en Anglia... Bruto, por quanto Anglia hera ya poblada de sus gentes, que avían nonbre *brutones*, del su nombre, púsole nonbre *Brutania*; e por tiempo dañóse el nonbre, e llámanla agora Bretaña» (pp. 176-177). Bruto dejó como rey de los ingleses a un hijo suyo –no mencionado hasta este instante–, y luego, en compañía de Dorotea, retorna a Grecia.

Que el tema inglés despertó honda curiosidad en Díez de Games se pone nuevamente de manifiesto, cien páginas más adelante (pp. 279-287), cuando, enlazando con el último párrafo que acabamos de transcribir, atraído ahora por los relatos extraordinarios, legendarios y exóticos que tanto le gustaban, dice: «Ya vos conté e dixé de suso qual razón llamaron Bretaña a la yslla de Angliaterra. Agora quiero vos contar por qué es llamada Bretaña, casi como la otra, esta provinçia de aquende el mar<sup>45</sup>, segúnd que lo fallé en la *Corónica de los reyes de Angliaterra*. Ca este nonbre Angliaterra quiere decir en otra lengua ‘tierra de maravillas’. Esto por muchas cosas maravillosas que en ella solía aber. E avn agora ay algunas dellas». El cronista se recrea hablando de los habitantes salvajes, de serpientes, dragones, aves, árboles y peces fantásticos y prodigiosos, terminando con la iteración de la idea inicial: «E por estas razones que dichas he, e otras muchas maravillas que en aquesta tierra fueron e son, es llamada tierra de maravillas, Angliaterra. E después que Bruto la conquistó, cómo la llamó del su nonbre, e la llamó Brutania». De la misma época –nos dice– procede el nombre de los sajones: al llegar Bruto a Anglia vivía allá un poderoso varón, llamado Saxón, que no se somete a los invasores, antes bien, se refugia en las montañas, donde «fizo fortalezas, en que se defendió siempre con sus gentes, e llamávanlos los *saxones*, por aquel grand Saxón». Bruto y otros reyes que lo sucedieron, se enfrentaron a menudo con estos sajones, que siguieron viviendo siempre salvajemente «E vino a tiempo que los brutones se conbertieron.

44 *Longis*: Londres.

45 Se refiere a la Bretaña francesa.

Se tornaron a la fée de Jesucristo por la predicación de los mensajeros e discípulos del papa Gregorio, e fueron todos cristianos. Mas los sajones siempre duraron en sus malas creencias».

Díez de Games pone punto final al tema inglés con estas palabras: «A quien más desto quisiere saber, lea las *Corónicas de los reyes de Angliaterra*, e allí lo fallará, e más largamente».

Si diéramos crédito a las palabras de Díez de Games, sería preciso concluir que la fuente que maneja es Geoffrey de Monmouth, como de fuente sirvió también a la *General Estoria* de Alfonso X, que se limita prácticamente a traducir la *Historia regum Britanniae* para su «Estoria de las Bretañas»<sup>46</sup>. Godofridus Mone-mutensis –nombre latinizado de Geoffrey of Monmouth (1100–1154)– fue *magister* en el Colegio de Saint George, de Oxford, cuando aún no se había fundado la que sería su famosa Universidad, si bien la ciudad gozaba ya en la primera mitad del XII de gran prestigio cultural. En 1151 sería promovido a la silla episcopal normanda de Saint Asaph, en Gales del Norte, aunque no le sería posible girar ninguna visita a su diócesis, bajo el dominio del galés Gwynedd, en conflicto abierto con los normandos. Geoffrey –a quien suele calificarse de «padre de la novela inglesa»– compuso en latín al menos tres obras conservadas hoy día: unas *Prophetiae Merlini*, que luego incorporaría a la *Historia regum Britanniae* (los nn. 106-117); la mencionada *Historia regum Britanniae*, concluida en 1139; y un poema de 1529 hexámetros, titulado *Vita Merlini*<sup>47</sup>.

La *Historia de los reyes de Britania* tenía como finalidad mostrar el proceso histórico de los britanos desde el momento en que arriba a la isla Bruto, bisnieto de Eneas, hasta el último rey, Cadvaladro (=Cadwalader), en el siglo VIII p.C. El afán británico por conocer su historia y mantener vivo su recuerdo escrito tuvo su primer gran representante, varios siglos atrás, en la persona de Gildas, el sabio (ca. 500-570) calificado de *ultimus britannorum*,

46 A. G. Solalinde, «Fuentes de la *General Estoria* de Alfonso el Sabio», *Rev. de Filología Española* 21 (1934) 1-28; 23 (1936) 113-142. M.ª Rosa Lida, «La *General Estoria*: notas literarias y filológicas (1 y 2)», *Romance Philology* 12 (1958) 111-142; 13 (1959) 1-30. Ll. Kasten, «The utilisation of the *Historia Regum Britanniae* by Alfonso X», *Hispanic Review* 38 (1970) 97-114.

47 J. E. Lloyd, «Geoffrey of Monmouth», *English Historical Review* 57 (1942) 460-468.

y autor de un *De excidio et conquestu Britanniae*, compuesto en latín antes del 547. Gildas fue la fuente principal de la anónima *Historia Britonum*, cuya compilación original suele datarse en torno al 679, si bien la recensión posterior más importante es la realizada en el siglo IX por el galés Nynniaw, más conocido bajo la forma latinizada Nennius. Importante será también la *Historia ecclesiastica gentis anglorum*, en cinco libros, que compusiera el venerable Beda (675-753), y cuya versión abreviada, pero fiel, se atribuye al rey Alfredo (849-901), autor también de una traducción –bastante libre en esta ocasión– de la *Historia adversus paganos*, del español Paulo Orosio (del siglo V). El rey Alfredo fue el impulsor de la *Old English Chronicle*, que recopiló y revisó sistemáticamente las crónicas primitivas, especialmente las de la historia sajona occidental. Alfredo alcanzó hasta el 892, pero a su muerte la crónica siguió enriqueciéndose con nuevas adiciones.

El advenimiento de los normandos fue acompañado de un renacimiento literario que alcanza su cenit durante el reinado de Enrique II. Uno de los mayores beneficios fue tal vez la compilación, durante los siglos XII y XIII, de abundantes crónicas latinas. No es posible pasar en silencio nombres como Simeón de Durham (que utilizó a Beda y los anales de Northumbria hoy perdidos), Ricardo de Hexham (que continuó la obra de Simeón de Durham), John de Hexham (prior de Hexham, como su predecesor Ricardo, cuya labor histórica continuó hasta el 1054), Florencio de Worcester (primer cronista latino del sur, autor de una compilación concienzuda titulada *Chronicon ex Chronicis*, que se detiene en el 1117, un año antes de su muerte), Eachmer (que historió su época, hasta 1122, en sus seis libros de *Historia Novorum in Anglia*), Ordericus Vitalis (que compone trece libros de *Historia Ecclesiastica*, que abarcan desde los comienzos de la era cristiana hasta 1141, dos años antes de la muerte de su autor), Henry de Huntingdon (autor de una *Historia anglorum* que narra los avatares históricos desde el 55 a.C. hasta 1155). Pero seguramente nos interesa mucho más la labor de William de Malmesbury († 1143), que divide su obra en dos partes: una primera, integrada por cinco libros –*De gestis regum Anglorum*– que recorren el arco temporal que va desde la llegada de los ingleses, en 449, hasta 1127; y una segunda –*Historia novella*– que registra los acontecimientos entre 1125 y 1141.

Y aquí es donde hay que ubicar a Geoffrey de Monmouth. En el bosquejo literario que acabamos de exponer podemos apreciar

cómo William de Malmesbury parece haber querido rellenar el vacío existente entre la obra de Beda y la de Eadmer. Por su parte, Geoffrey prolonga su busca en el pasado hasta remontarse a los orígenes mismos de la aparición de Inglaterra en la historia y a los reyes anteriores a la edad cristiana. ¿De dónde toma sus datos Geoffrey? El mismo, en su prefacio, afirma que Walter, archidiácono de Oxford, le «ofreció cierto antiquísimo libro en lengua británica que exponía, sin interrupción y por orden, y en una prosa muy cuidada, los hechos de todos los reyes británicos, desde Bruto, el primero de ellos, hasta Cadvaladro, hijo de Cadvalón. Y de este modo, a petición suya... me ocupé en trasladar aquel volumen a la lengua latina». Mencionado libro es inidentificable, pero ello no significa que deba tacharse a Geoffrey de «desvergonzado inventor» o de «novelista profanador de los deberes de un historiador», como hiciera su severo crítico William de Newburgh (1136-1198), casi contemporáneo suyo y autor de una *Historia rerum Anglicarum* de escaso éxito. No obstante, ¿cómo interpretar la alusión a ese *vetustissimus liber*? Sospechamos que alguna realidad debió existir en el papel que Geoffrey asigna a Walter. De lo contrario, éste ¿qué sinceridad y veracidad podría ver en un amigo que públicamente le atribuye un hecho que ambos saben que no es cierto? Cosa muy distinta es que ese «antiquísimo libro» contuviera cuanto Geoffrey dice. Edmond Faral, que ha buceado profundamente en la obra de Geoffrey tras las huellas del ciclo artúrico<sup>48</sup>, no concede ningún crédito a la afirmación que aquél nos hace, mostrando al respecto un escepticismo radical. Sin embargo, el mismo año en que Faral publica sus tres volúmenes, Acton Griscom<sup>49</sup> saca a la luz una edición de la *Historia regum Britanniae* en la que, tras examinar diferentes leyendas que tienen por protagonista a Bruto, manifiesta su fundada sospecha de que, lejos de ser simples versiones de la *Historia*, son en realidad tradiciones independientes, como debió serlo la representada por aquel *vetustissimus liber*. Ahora bien, la que Faral y Griscom publican podría ser calificada como «edición vulgata» del libro de Geoffrey. Poco más de veinte años más tarde publica J. Hammer<sup>50</sup> una edición nueva basada en

48 E. Faral, *La légende arthurienne. Etudes et documents* (Paris 1929 = 1969), 3 vols. Cf. I. Arnold, *Roman de Brut* (Paris 1938-1940).

49 A. Griscom, *The Historia regum Britanniae of Geoffrey of Monmouth* (Londres-Nueva York 1929).

50 J. Hammer, *Historia Regum Britanniae: A variant version from manuscripts* (Cambridge, Mass 1951).

manuscritos que proporcionaban un contenido con notables divergencias frente al calificado de «vulgata»<sup>51</sup>.

Lo que parece indicarnos la situación descrita es que existía en Bretaña una tradición, quizá anterior a Gildas, que remontaba el origen del nombre del país hasta Bruto. La procedencia de un relato de contenido semejante no puede ser de carácter popular, sino que ha de haber emanado de círculos «eruditos», posiblemente eclesiásticos, conocedores –con mayor o menor rigor– de la historia de Roma y de las leyendas referidas a Troya. Y es muy probable que la persona que urdió semejante argumento buscara de manera consciente no sólo liberar a los britanos (quizá él lo era) de la fama de salvajes que gravitaba sobre ellos, sino sobre todo convertir en noble y glorioso el origen de su nombre. Y creemos que el punto de partida desencadenante del proceso fue la etimología de Isidoro de Sevilla que se expresa en estos términos: «Hay quienes sospechan que los bretones tienen un nombre de cuño latino, debido a que son unos *brutos*: se trata de un pueblo ubicado en mitad del océano y como separado del resto del mundo por el mar que en medio se extiende. De ellos dijo Virgilio (*Ecl.* 1, 67): ‘y los britanos, apartados de todo el mundo’»<sup>52</sup>. Bastaba con hacer abstracción del término *brutus*, referirlo a Bruto, y tejer una historia adaptable al tema. La vinculación a los troyanos confería al argumento una pátina de remota antigüedad y de rancio abolengo. La conexión genealógica de familias y de naciones con antepasados oriundos de Troya procede del mundo greco-romano (Virgilio es un ejemplo eminente de ello) y alcanzará un desarrollo mayor con el paso del tiempo, viéndose especialmente estimulada durante la Edad Media, sobre todo a causa del *Roman de Troie*, de Benoît de Sainte Maure y de la *Historia destructionis Troiae*, de Guido delle

51 J. S. P. Tatlock, *The legendary History of Britain: Geoffrey of Monmouth's Historia Regum Britanniae and its early vernacular versions* (Berkeley-Los Angeles 1950). De la *Historia Regum Britanniae* se han conservado más de 200 manuscritos. Por ejemplo, la edición de A. Griscom registra 185 manuscritos. La edición de J. Hammer se basa en 5 manuscritos tardíos divergentes del texto «tradicional».

52 Isidoro de Sevilla, *Orig.* 9, 2, 102. Tomamos la traducción de la edición de J. Oroz Reta y M. A. Marcos Casquero, *Isidoro de Sevilla. Etimologías*, Madrid 1982-1983, 2 vols. En el párrafo anterior (*Orig.* 9, 2 101) san Isidoro se refiere a los sajones (*saxones*, cuya etimología pone en relación con *saxum*, «piedra, roca») en estos términos, cuyo eco se descubre también en Geoffrey: «El pueblo de los sajones habita en las costas del océano y en lagos de difícil acceso; son gente muy hábil por su valor y agilidad. Y de ahí les viene el nombre, porque es una raza dura y muy recia, y sobresalen de manera especial entre cuantos se dedican a la piratería».

Colonne<sup>53</sup>. Recordemos que Varrón había compilado un *De familiis Troianis*; y sabido es que Casiodoro, en el siglo VI, elaboró el árbol genealógico troyano –*Ordo generis Cassiodoriorum*– que registra la stirpe de su familia. Y en una línea semejante hay que colocar el afán de quien deseó remontar la savia británica hasta un humus de procedencia troyana<sup>54</sup>.

Quizá el resumen más sucinto que podemos hacer respecto al problema de las fuentes de Geoffrey es el que nos ofrece L. A. de Cuenca en su versión castellana de la *Historia de los reyes de Inglaterra*<sup>55</sup>: «La *Historia regum Britanniae* tiene fuentes, no fuente única. No es una traducción, sino una composición de elementos hábilmente ensamblados. Sus fuentes son, sobre todo, el *De excidio et conquestu Britanniae* de Gildas, la *Historia gentis Anglorum* de Beda y la *Historia Britonnum* atribuida a Nenio; pero también las crónicas de sus contemporáneos Guillermo de Malmesbury y Enrique de Huntingdon, diversas comunicaciones orales de Walter y de otros, el mundo latino (Cicerón, Juvenal, Lucano, Apuleyo, Floro, Orosio, Estacio, Virgilio), la tradición bíblica (...) y las leyendas autóctonas y el folklore céltico. Fundiendo en un mismo crisol tan hererogéneo material, Geoffrey se nos revela como un auténtico profesional de las letras, como un *clericus* en el sentido medieval del término, como un escritor de talento que sabe dotar a su *Historia* de movilidad y de fuerza, y que maneja con soltura los resortes del arte de narrar».

El éxito popular de la obra de Geoffrey fue inmediato y de amplio eco, como lo indica no sólo el amplísimo número de manuscritos conservados, sino también el que en 1155 el normando Wace de Jersey lo tradujera al francés poniéndolo en 14.866 octosílabos bajo el título de *Li Romans de Brut*, más conocida como *Brut* simplemente<sup>56</sup>. Esta versión de Wace –de la que hablaremos luego–

53 *Guido delle Colonne. Historia destructionis Troiae*, trad. de M. A. Marcos Casquero, ed. Akal, Madrid 1993.

54 Cf. G. S. Gordon, «The Trojans in England», *Essays and Studies by Members of the English Association* 9 (1924). D. Bush, *Mythology and the Renaissance traditions in English Poetry* (Minneapolis-Londres 1952) 39-41.

55 En la ed. Sirvela (Madrid 1984).

56 No fue ésta, sin embargo, la primera traducción de la *Historia Regum Britanniae* realizada en francés. También en la corte normanda y angevina de Inglaterra, y a instancias de la noble Constance, esposa de un Fitz-Gilbert, señor anglo-normando, su capellán Geoffrey Gaimer hizo una versión entre los años 1147 y 1151, titulada *Estorie des Engles*, de la que se conservan sólo fragmentos. Y lo mismo cabe decir del *Brut* llamado «de Munich», que remonta, sin duda, a la misma época, y que fue editado por

cayó en manos de Layamon, sacerdote de Ernley (Arley Regis, junto al río Severn). Poco antes de 1205 Layamon, parafraseando la obra de Wace y ampliando libremente numerosos episodios, compuso su propio *Brut*, que relata la historia de Inglaterra, remontándose hasta los tiempos del diluvio, aunque el inicio real tiene como protagonista al troyano Bruto, prosiguiendo la narración hasta el año 689 p.C., cuando muere Cadwalader<sup>57</sup>. El *Brut* de Layamon se convirtió a su vez en un almacén de leyendas al que acudirán a buscar materiales gran cantidad de escritores posteriores. (Por ejemplo, en Layamon se registran por primera vez en inglés las historias del rey Lear y de Cimbelino, de Clote y de Lochrine, etc.).

Pero tornemos a Wace. Líneas más atrás decíamos que existían dos versiones –al menos– de la *Historia* de Geoffrey: las calificadas de «vulgata» y de «variante». Según R.E. Caldwell<sup>58</sup>, Wace utilizó las dos versiones con absoluta libertad. Por su parte, M. Houck<sup>59</sup>, además de descubrir fuentes nuevas utilizadas por el normando, subraya especialmente la aportación personal del mismo: traductor o manipulador de la *Historia* de Geoffrey, no cabe duda de que Wace se sirvió, además, de otras informaciones al margen de la *Historia*. Chotzen<sup>60</sup>, teniendo en cuenta que en el momento en que publica su artículo –1948– se habían registrado cerca de 60 manuscritos de *Bruts* galeses que, imitando o traduciendo a Geoffrey, insertan en su texto nombres, hechos y detalles concretos y puntuales de leyendas propiamente galesas, piensa que, mediante la comparación de tales manuscritos, sería posible remontarse a un *proto-Brut* en galés, el cual no sería muy distinto de un libro de Gautier de Oxford, que sería tal vez el *vestustissimus liber* en bre-

Hoffmann y Vollmöller (Halle 1877). El manuscrito Harley 1605 del British Museum contiene, igualmente, fragmentos de una traducción de la *Historia* en estrofas monorrimas.

57 Layamon cita a Wace como su fuente principal, pero la adición de nuevos relatos hace que su poema venga a resultar el doble de largo que el francés. Es razonable pensar que o Layamon tomó esos nuevos episodios de fuentes diferentes o bien utilizó una versión de Wace amplificada con el paso del tiempo y a la que se han ido agregando esos episodios suplementarios. Aunque antigua, sigue siendo válida la edición del *Brut* de Layamon hecha por Frédéric Madden (Londres 1847), 3 vols.

58 R. A. Caldwell, nota en *BBSIA* 6 (1954) 109, que luego amplía en *Speculum* 21 (1956) 575-682.

59 M. Houck, *Sources of the Roman of Brut de Wace* (Univ. California Press 1941).

60 Th. Chotzen, «Le livre de Gautier d'Oxford, l'*Historia Regum Britanniae*, les *Bruts* gallois et l'épisode de Lludd et Llevellys», *Etudes celtiques* 4 (1948) 221-254.

tón al que alude Geoffrey de Monmouth. En cualquier caso, semejante situación extiende idéntico problema de fuentes a la obra de de Geoffrey, a la de Wace y a la de Layamon. Pero en el caso de Wace, que era fundamentalmente un traductor<sup>61</sup>, la situación resulta más delicada: como traductor experimentado no parece –a tenor de otras producciones suyas– haber tenido especial necesidad de abandonar el texto original que maneja, salvo para ligeros préstamos tomados de la Biblia, de Vidas de Santos, de la *Eneida* o del *De gestis* de William de Malmesbury, si bien el conjunto de tales adiciones no parece demasiado relevante. En cualquier caso, no hay que perder de vista ni un momento la manera de «traducir» de su época, que entendía la traducción en su sentido más libre y no experimentaba el menor escrúpulo por la exactitud textual o por la modificación del modelo o por la adición de pasajes de cualquier tipo, especialmente aquellos de procedencia oral de los bretones referidos a la leyenda del rey Arturo.

Retornemos aquí a Díez de Games, a quien parecíamos tener olvidado. Cuando nuestro cronista nos insinúa tomar los datos que, relativos a Britania, incorpora en su obra, directamente de la *Corónica de los reyes de Ynglaterra*<sup>62</sup>, es evidente que ello no se ajusta a la estricta verdad. Lo que está haciendo es aducir aquella que considera la fuente más antigua y, por ello, la de mayor autoridad, que avale y ratifique la «historicidad» de los hechos que narra. Los ejemplos medievales de semejante práctica son innumerables, como hemos mostrado en nuestra edición castellana de *La destrucción de Troya*, de Guido delle Colonne<sup>63</sup>; el autor de esta obra hizo, en realidad, una traducción al latín del *Roman de Troie* de Benoit de Sainte-Maure; y sin embargo, en ningún momento se

61 Los escasos datos biográficos que sobre él poseemos se extraen de su *Roman de Rou* o *Histoire des ducs de Normandie*, y se limitan a lo siguiente: nació en la isla de Jersey ca. 1100; comenzó sus estudios eclesiásticos en Caen y los concluyó en París; en Caen, antes de la muerte de Enrique I (1135) ocupó el cargo de *clerc lisant* (!); tradujo del latín textos piadosos, como una *Concepción de Nuestra Señora*, una *Vida de Santa Margarita* y una *Vida de San Nicolás*; dedicó su *Brut* a Alienor de Aquitania, esposa de Enrique II de Inglaterra (detalle éste que no se conservó en ninguno de los 25 manuscritos –completos o fragmentarios– del *Brut*, pero que conocemos por la obra de Layamon); entre 1160 y 1170, y quizá por semejante dedicatoria, obtuvo de Enrique II una canonjía en Bayeux.

62 Así lo hace en 142 y 287.

63 M. A. Marcos Casquero, *Guido delle Colonne. Historia destructionis Troiae*, Ed. Akal Madrid 1993.

menciona para nada el nombre del francés, mientras que a cada paso está repitiéndose una y otra vez que la narración deriva de autores antiguos «tan autorizados y verídicos» como Dares Frigio y Dictis Cretense. Recordemos también que nuestro Alfonso X el Sabio, cuando en la *General Estoria* registra la historia troyana, dice también insistentemente que recaba sus datos de ambos pseudohistoriadores (Dares y Dictis), siendo así que la verdadera obra que está utilizando no es sino la de Benoit de Sainte-Maure.

Lo mismo hace Díez de Games: emplea una obra francesa (en este caso, el *Brut* de Wace, en alguna de sus versiones)<sup>64</sup> que, en último término, deriva, a su vez, de la *Historia regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth; y es ésta la que cita nuestro cronista como aval más autorizado de su exactitud en razón de su mayor antigüedad. Por otro lado, el análisis del *Victorial* nos revela que su autor desconocía la lengua inglesa, al menos lo bastante como para leer una obra como la de Geoffrey. Sí parece, en cambio, conocer el francés: en Francia estuvo un tiempo en compañía de Pero Niño<sup>65</sup>. Por otra parte, ¿podría servirnos de dato indicativo de que Díez de Games tenía ante los ojos no una fuente latina, sino un texto romanceado –y en francés– el hecho de que en el primer bloque del *Victorial* en que se aborda el «tema inglés» (pp. 142-177: historia de Bruto) se emplee 8 veces el término *Anglia*, 4 el de *Ynglaterra* y ninguna el de *Angliaterra*; que en el segundo bloque, relativo al mismo tema (pp. 279-287: exóticas maravillas de Bretaña) emplee 3 veces la forma *Anglia*, 5 la de *Angliaterra* y ninguna la de *Ynglaterra*; y que en el resto de la Crónica el vocablo *Anglia* no aparezca ni una sola vez, mientras que *Angliaterra* se utiliza en 26 ocasiones e *Ynglaterra* 21?

La historia de Bruto como fundador de Bretaña alcanzó gran fortuna en todo el mundo medieval, y la vemos repetida una y otra vez, sobre todo desde la publicación de la obra de Geoffrey y, luego, de la de Wace<sup>66</sup>. Guido delle Colonne<sup>67</sup> escribirá con toda

64 El hecho mismo de que se conserven de esta obra más de 25 manuscritos, completos o fragmentarios, es, por sí mismo, índice del éxito y difusión de esta obra.

65 Cf. E. Faral, *El Victorial*, 37 «Games... debió aprender algo de la lengua (sc. francesa) en el tiempo que allí residió con Pero Niño, y no desaprovecha ocasión para lucirlo. Los palabras francesas del *Victorial* unas veces están transcritas más o menos fonéticamente; otras veces están más o menos castellanizadas. Son muchas».

66 Cf. E. Faral, *La légende arthurienne* (París 1929), vol. I, 170-182.

67 Guido delle Colonne, *Historia destructionis Troiae*, trad. de M. A. Marcos Casquero, Ed. Akal, Madrid 1993.

naturalidad: «También algunas otras regiones recibieron un asentamiento permanente de gente de procedencia troyana. Es el caso de Inglaterra, que se dice habitada por el troyano Bruto, de donde su nombre de Britania». Todavía en la segunda mitad del siglo XVI, Edmund Spenser (1552?-1599), en su *Faerie Queene*<sup>68</sup> pone en boca de Paridell un resumen del argumento de la *Eneida*, tras el cual engarza la historia de Bruto, descendiente de Eneas y fundador de *Troynovant* en Britania<sup>69</sup>. Seguramente fue Boccaccio (1313-1375) el primero –y, de momento, único, pues tendrían que pasar casi dos siglos para encontrar en Polidoro Virgilio de Urbino (1470?-1555?) una postura similar<sup>70</sup>– que manifestó sus profundas dudas acerca de semejante leyenda. Y lo más llamativo para nosotros es que su crítica va dirigida precisamente a la *Historia regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth. Boccaccio<sup>71</sup> la resume así, después de registrar las palabras de Virgilio: «Silvio Póstumo, según Virgilio, fue hijo de Eneas y de Lavinia, acerca del cual escribe así el propio Virgilio (VI 760-766): ‘Aquel joven, lo ves, que se apoya en una lanza sin adorno tiene por sorteo los lugares cercanos a la luz, saldrá el primero a las brisas del éter mezclado con sangre ítala. Silvio, nombre albano, tu hijo póstumo, que tu esposa Lavinia dará a luz para ti, ya anciano, tardíamente en las selvas, rey y padre de reyes, a partir del cual nuestra raza reinará en Alba Longa, etc.’ Este, como muestra suficientemente el poema de Virgilio, nació después de la muerte de Eneas y de ahí Póstumo, que es el nombre genérico de los que nacen después de enterrado su padre. Y se llamó Silvio, según la opinión de muchos, porque Lavinia, al haber muerto su padre Latino y su marido Eneas y estar ocupado el trono por Ascanio, temiendo el mando de éste, grávida se retiró a las selvas y allí se ocultó y dio a luz. Y por eso se llamó Silvio al nacido en las selvas. Pero, como se ha dicho arriba, Ascanio, vuelta a llamar su madrastra al reino paterno, crió a su hermano Silvio

68 *La reina de las hadas (Faerie Queene)* apareció publicado en dos series: los tres primeros libros vieron la luz en 1590; los tres segundos en 1596. Se trata de una alegoría moral, histórica y política encaminada a alabar a la reina Isabel I, y a mostrar a sus súbditos —a lo largo de una trama caballeresca— las doce virtudes que debe poseer todo buen caballero.

69 *Faerie Queene* 3, 9, 33-51.

70 Polidoro Virgilio, *Anglicae Historiae*.

71 Boccaccio, *Genealogía de los dioses paganos*, 6, 57. (Seguimos la trad. de la ed. preparada por M.<sup>a</sup> Consuelo Alvarez y Rosa M.<sup>a</sup> Iglesias, Madrid 1983), 413-414.

con afecto fraternal, y al morir, puesto que su hermano era todavía muy niño, dejó a este mismo Silvio, su hermano, como heredero del trono. El engendró a Eneas Silvio. Más adelante los Bretones, deseosos, según pienso, de ennoblecer su barbarie, le añaden un hijo diciendo que él engendró a un Bruto de una nieta de Lavinia, su madre, en cuyo nacimiento dicen que predijo un matemático que mataría a sus padres; como consecuencia de lo cual se hizo que su madre muriera en su parto y por fin él, cuando hubo crecido, mató a su padre sin darse cuenta en una cacería. Expulsado de Italia por este motivo, dicen que fue a Leogrecia, isla de Grecia, y supo por respuesta del oráculo que le estaba destinada una isla de la parte más alejada de occidente. Este, habiendo tomado por esposa a una hija de Pandraso, rey griego, navegó durante tres años con sus compañeros junto con Corniveo, un troyano, y vencido Goferio, rey de Aquitania, conquistó la isla de Albión, que habitaban los Gigantes y la llamó Britania por su nombre y Cornubia por Corniveo; y dicen que después engendró a otro Bruto, de nombre Viridescoto y después nació otro rey de la isla y luego otro, y así siguen hasta una descendencia innumerable. Puesto que estas cosas no me parecen ni verdaderas ni verosímiles, he decidido omitirlas. Póstumo, después de haber reinado durante treinta y ocho años, murió dejando superviviente a su hijo Eneas Silvio».

Cuanto hasta aquí hemos dicho persigue una finalidad muy definida: atraer la atención sobre la existencia de una Crónica como la de Díez de Games, muy poco estudiada y desaprovechada, cuando en realidad es una verdadera joyita no sólo desde el punto de vista histórico, lingüístico o estilístico (cuestiones éstas que nosotros hemos voluntariamente obviado), sino también de contenido «literario», uno de cuyos temas puntuales y concretos hemos tratado de situar en el marco analítico en que hay que realizar su examen.

MANUEL-ANTONIO MARCOS CASQUERO